



## CAPÍTULO VII

**De las penas interiores que aquejaron incesantemente  
al santo Párroco de Ars.**

**S**I se inquiera la razón que ha valido al Párroco de Ars el importante papel que ha desempeñado en la Iglesia de Francia, y el preferente lugar que ha ocupado en el amor y veneración de los pueblos, se halla en los dos grandes atributos del sacerdote: la oración y el sacrificio. Para atraer las almas hacia él, penetrarlas y transformarlas al calor de su ardiente caridad; para hacer más fácil á los pecadores la confesión de sus culpas y el que recobrasen el augusto y sobrenatural poder de obrar como cristianos, no sólo les exhortaba, sino que oraba y hacía penitencia por ellos. El discípulo debía, como su Maestro, ofrecerse en holocausto, y comunicar parte de su vida santa, para que, infundida esa savia exuberante en las almas débiles, circulase en ellas, haciendo brotar la luz y el amor. La Cruz fecundiza cuanto toca, y éste es el gran secreto de esas largas inmoluciones voluntarias, por él tan amadas, que hemos referido en el libro precedente, y que tal vez habrán sido objeto de admiración para más de un lector. En este tiempo de escasa inteligencia y

menos valor, ignora el mundo que un gran corazón no se satisface con sólo el amor, y que el amor sin medida produce el sacrificio. Por eso Nuestro Señor viene muchas veces en auxilio de sus apóstoles, y á su sed de padecer concede un aumento de dolores santos, aunque muy amargos é incisivos, que son como rico presente de su divina mano.

El bienaventurado Párroco de Ars debía pasar por esa iniciación dolorosa. Después de haberse consagrado á Dios como una hostia ofrecida sobre el altar; después de haber entregado su cuerpo á los ayunos, vigiliias y privaciones, sus sentidos á la penitencia, y toda su vida á los penosos trabajos de un apostolado de campo, ó sea de pueblo rural, fué también visitado por penas interiores tan continuas y agudas, que es imposible referir su número é intensidad.

Sabemos, por el sacerdote que se halló en mejores condiciones que nadie para leer en esa alma heroica y penetrar hasta su fondo, que habitualmente reinaba en su interior una amarga desolación. Y á fin de aumentar los méritos y reanimar el celo, Nuestro Señor ponía un velo sobre sus ojos para que no conociese el bien inmenso que obraba él. Por esto se creía un ser inútil, se juzgaba sin fe, sin piedad, sin inteligencia, sin saber, sin discernimiento y sin virtud. Sólo servía para echarlo á perder todo, para comprometerlo todo; era, á su juicio, un obstáculo para todo bien, y desedificaba á todo el mundo. Su humildad sincera le hacía derramar abundantes lágrimas sobre su miseria, tibieza é ignorancia; lágrimas que sólo podían ser enjugadas por la generosidad de su valor, que le animaban á arrojarse y abandonarse con todas

sus imperfecciones en los brazos de Nuestro Señor.

«Dios me ha hecho—decía—la gran misericordia »de no poner en mí cosa sobre que poder apoyarme: »ni talento, ni ciencia, ni prudencia, ni valor, ni »virtud... Cuando me considero bien, no descubro en »mí sino pecados. Y aun permite Dios que no los vea »todos, y que no me conozca enteramente. Si me »viese tal cual soy, caería en la desesperación; no »hallo más recurso para ponerme á cubierto de esta »tentación, que postrarme al pie del Tabernáculo, »como un perrito á los pies de su señor.»

Así ¡quién lo creyera! ese hombre, la maravilla de su siglo, la admiración de todos, el objeto de tantas consideraciones y de una veneración y respeto universal; que antes de su muerte y de las decisiones de la Iglesia ha sido aclamado, con espontaneidad y popularidad sin ejemplo, una *reliquia viva*; ese hombre, en fin, á cuyos pies se arrodillaron tantas celebridades, y de quien tantos millares de almas venían á buscar apoyo, luz y consuelo, tan descontento estaba de sí mismo, que gemía bajo el peso de un tedio y disgusto abrumadores.

El verdadero motivo de ese tedio no era el cansancio, ni el hastío de la vida, ni la fatiga del espíritu ó del cuerpo, ni la necesidad insuperable de tranquilidad que siente en el fondo de su ser toda persona demasiado ocupada; no era tampoco la pena de verse tan imperfecto: era únicamente el temor de obrar mal en todo. Con gusto hubiera soportado la vista de su fealdad y de sus deformidades espirituales, el peso de sus arideces y sequedades, el horror de sus tinieblas interiores, el sentimiento de su incapacidad, unido á la terrible necesidad de obrar por

sí mismo, de hablar, de exhortar, de resolver y proceder como si todo dependiese de su iniciativa personal, ó de la asiduidad y excelencia de su trabajo. Se hubiera resignado de buena gana á sufrir todos los padecimientos que resultan del descontento de sí mismo, si hubiese podido creer que Dios estaba contento de él; pero ni este consuelo le quedaba.

Cuando el fervor sensible experimenta dolorosas interrupciones, y van éstas acompañadas de penas interiores, sin señal alguna perceptible de la gracia, el justo no puede formar conciencia de su virtud. Y en la penosa incertidumbre de si lo que hace es ó no agradable á Dios, de si es digno de amor ú odio, su humildad le inclina siempre al lado de la desconfianza y de la severidad. De ahí nacía sucesivamente en el santo Párroco la turbación, ya por una falta cometida, ya por el temor de cometerla. A costa de tales dolores adquirió tres cosas que hicieron su ministerio muy seguro, muy suave y muy fructuoso, á saber: la ciencia de los caminos de Dios, la indulgencia con que juzgaba á todos mejores que él, y la compasión que tenía á los que estaban sometidos á parecidas pruebas.

Es indudable que, en esas horas de turbación, la gracia venía á confortar un poco al señor Párroco de Ars, como el ángel á Nuestro Señor. El Tabor estaba siempre para él cerca del Jardín de los Olivos; la oración fortificaba su alma y aliviaba sus penas, pero sin hacerlas desaparecer, y tenía la asistencia divina sin sentirla; en cambio, sentía muy bien la persistencia de la desolación. Llenaba ésta el fondo de su alma de una grande y profunda tristeza, de una de esas tristezas que no tienen remedio, porque, aunque cau-

san sufrimiento, no se quisiera curar de ellas jamás: son éstas de la mejor clase que puede haber. Sucedióle á veces que se transparentaba en sus conversaciones íntimas algo de esas impresiones dolorosas de su alma, como puede verse en la conversación que vamos á referir.

Hablaba un día el santo Párroco, con un dolor tan profundo como inexplicable, de la dificultad para el sacerdote de corresponder á la santidad de su vocación. Su interlocutor le dijo: «Señor Párroco, á pesar de esa dificultad, hay en el Clero personas dignísimas.—¿Qué decís, amigo mío? respondió el siervo de Dios. Cierto es que en el Clero hay personas muy dignas. ¿Y dónde las hallaríamos ¡oh Dios mío! si no las hubiese ahí? Mas (continuó diciendo con creyente animación) para decir la Misa es preciso ser un serafín...» Y comenzó á llorar, sin poderse contener. Después de un momento de silencio, añadió: «¡Ay, amigo mío, si supiésemos lo que es la Misa, moriríamos! Sólo en el Cielo comprenderemos la felicidad que hay en decir Misa. ¡Ah, qué digno de compasión es ¡oh, Dios mío! un sacerdote que celebra como si hiciese una cosa ordinaria!...» Aquí las lágrimas volvieron á hacerle traición, y exclamó: «¡Oh, Dios mío, qué desgraciado es el sacerdote que no es interior!... Mas para eso es necesario el silencio, la tranquilidad, el retiro, sí, amigo mío, el retiro, porque Dios sólo habla en la soledad. Algunas veces he dicho á Mons. Devie: «Si queréis convertir vuestra diócesis, es preciso que hagáis santos á todos vuestros Curas.» ¡Ay, amigo mío, qué cosa tan terrible es ser sacerdote! ¡La confesión! ¡Los Sacramentos!... ¡Qué cargo! ¡Si supiésemos lo que es ser

»sacerdote, huiríamos, como los Santos, á los desiertos para no serlo! El medio para ser buen sacerdote sería vivir como seminarista; pero esto no siempre puede hacerse. Es para nosotros los Párrocos una inmensa desgracia que el alma se enerva y se acostumbra á todo. Al principio se aflige uno del estado de los que no aman á Dios; después se concluye por decir: «éstos cumplen con sus deberes, mejor para ellos; aquéllos se alejan de los Sacramentos, el mal es para ellos.» Esto es lo que ordinariamente sucede, ni más ni menos.»

Confiaba cierto día el venerable Párroco sus penas á un compañero que de veras le amaba, y en el seno de la confianza, le decía: «Yo me siento abrumado de tedio en la tierra; mi alma está triste hasta la muerte. No oyen mis oídos más que cosas lastimosas, que desgarran el corazón de dolor... No me dejan tiempo ni aun para la oración: no puedo ya más. Decidme, amigo mío: ¿sería un gran pecado desobedecer á mi Obispo, marchando de aquí secretamente? — Señor Párroco, le respondió su confidente: si queréis perder de un solo golpe todo el fruto de vuestros trabajos, no tenéis más que ceder á esa tentación.»

Los dolores y penas interiores del venerable Párroco iban en aumento, á proporción que se aproximaba el fin de sus días. Algunos meses antes de morir repetía con una dulzura, mezclada de pena inefable: «¡Oh, Dios mío, y qué triste es la vida! Si cuando vine á Ars hubiese sabido los sufrimientos que aquí me esperaban, de seguro hubiera muerto de pena en el momento.»

Pero, á lo menos, el trabajo incesante y sin des-

canso del púlpito y confesonario, ¿no le distraían, sirviendo de lenitivo á sus penas? Pudiera creerse, pero realmente no era así. La misma confianza que en él se tenía, era una carga abrumadora, bajo cuyo peso sucumbía y gemía sin cesar. Hasta en los momentos de más fervor le quedaba el sentimiento de la prueba, y sufría entonces doblemente, así por su dolor íntimo como por la violencia que tenía que hacerse. Ese prodigioso concurso abría en su alma una fuente nueva y siempre perenne de inquietud y temor; hería su humildad, redoblaba su recelo de obrar mal, y aumentaba el peso, apenas soportable, de su responsabilidad pastoral. En vez de concluir que había recibido una gracia particular, una virtud, un encanto, y algo, en fin, aunque fuese un dón del Cielo que atraía la multitud, deducía, por el contrario, que era un hipócrita, y que era imposible explicar de otro modo la insistencia de tantos extranjeros que venían á verle, oírle y consultarle. «Evidentemente, decía, este pueblo está engañado.» ¿Por quién y cómo? Esto es lo que no sabía; en cambio, sabía bien que él era el más indigno y miserable de los sacerdotes.

En fin, había una cosa que le afligía más que todo: aceptaba la ansiedad, la humillación, la tristeza; pero no podía aceptar el pecado. La vista del mal producía en él los movimientos que experimentaría un hijo viendo ultrajar á su padre; le arrancaba gritos de dolor, y le causaba congojas mortales. Cada golpe que el pecador descargaba sobre Dios, le alcanzaba á él y le hería en la parte más viva y sensible de su ser: el sentimiento que ese espectáculo le causaba, no es de aquellos que se calman ó desaparecen con el tiempo y el hábito; al contrario, estaba en él siempre

muy vivo, y estallaba por sí mismo, sin que cosa alguna bastase á contenerle. Esto explica el que repitiese tantas veces que no conocía una persona más desgraciada que él.

«¡Dios mío! exclamaba un día: ¡hasta cuándo he de vivir con los pecadores! ¡Cuándo estaré en compañía de los Santos...!» «Tanto es lo que se ofende á Dios, decía otras veces, que se ve uno tentado á pedir el fin del mundo. Si en medio de tanta miseria no se hallasen algunas hermosas almas para tranquilizar el corazón y consolar la vista de tanto mal como se ve y oye, la vida sería insufrible. ¿Qué sucedería, si Dios no fuese tan bueno? ¡Pero es tan bueno! ¡Cuán grande será nuestra vergüenza cuando el día del Juicio nos haga ver toda nuestra ingratitude! Entonces lo comprenderemos, pero será tarde.»

Estas consideraciones terminaban por su eterno grito de dolor: «¡Oh, los pobres pecadores son muy desgraciados...! ¡Sí, muy desgraciados...! Ved, decía en su Catecismo, ved á Nuestro Señor coronado de espinas; la sangre gotea por todas partes: ese es el fruto de un pensamiento malo que consentís. Miradle en la columna de la flagelación: toda su carne está desgarrada, y todo su cuerpo destrozado; es una sola llaga que le coge desde los pies hasta la coronilla de la cabeza: todo ese espectáculo sangriento es obra de vuestras manos; es la expiación de vuestros pecados de impureza.»

«¡Sí! decía otras veces, con los ojos cubiertos de lágrimas y con el acento de la más amarga desolación: ¡sí, nada hay en el mundo tan desgraciado como un sacerdote! ¿En qué pasa su vida? En ver á

»su Dios ofendido. ¡Siempre su santo nombre blasfemado, siempre sus mandamientos despreciados, siempre su santo amor ultrajado! El sacerdote no ve ni oye más que eso: siempre está, como San Pedro, en el pretorio de Pilato; siempre tiene á su vista á Nuestro Señor insultado, despreciado, escarnecido y cubierto de oprobios. Unos le escupen en la cara, otros le dan bofetadas; éstos le ponen una corona de espinas, y aquéllos le golpean sin piedad. Le dan empujones, le arrojan por el suelo, le pisan, le crucifican y atraviesan su corazón con aguda lanza. ¡Ay de mí! Si hubiera sabido lo que era ser sacerdote, en lugar de ir al Seminario, me hubiera ido para la Trapa.» A lo que una voz desconocida, que salió súbitamente de la multitud, dijo: «Dios mío, ¡qué gran desgracia hubiera sido...!» Estas escenas no eran raras en Ars. Las emociones se producían tan honda y tan vivamente, que á menudo las francas manifestaciones del santo Párroco ocasionaban un interesante drama.

Los dolores extraordinarios del Párroco de Ars aumentaban en ciertos días especialmente consagrados á la memoria de la Pasión de Nuestro Señor. El viernes, por ejemplo, se notaba que la fisonomía del Beato estaba toda transformada; se leía sobre su rostro pálido, y en su vista cubierta de lágrimas, la expresión de un pensamiento amargo y profundo.

Sin embargo, ordinariamente nada se traslucía de sus luchas interiores: ¡hasta ese extremo era dueño de su alma con una paciencia heroica! No se veía más que calma y serenidad allí donde reinaba la tempestad. Solamente los rasgos de su fisonomía, cuyo reflejo, al mirar á los demás, era sólo benevolen-

cia, se cubrían de una tristeza profunda é involuntaria cuando se recogía interiormente; porque se hallaba frente á frente con sus defectos, con sus debilidades y *con todas las miserias de su miserable vida*. ¿Qué hacía entonces nuestro buen Párroco? Inclinaba la cabeza, dejaba pasar la tormenta y seguía su camino, sin cambiar nada, absolutamente nada de sus resoluciones y conducta. Oraba más que de ordinario, redoblaba sus ayunos, sus disciplinas, sus maceraciones; se unía más á Dios, y no disminuía su trabajo. Cualquiera que fuese el aspecto del cielo, y el estado de su corazón, continuaba sus tareas con la misma alegría y el mismo aire tranquilo y satisfecho. Jamás la tormenta le hizo retroceder un paso, ni separarse de su camino recto.

Este martirio interior se complicaba frecuentemente con causas particulares, que aumentaban su terribilidad en medio de la corriente que le rodeaba, cada día más extensa y profunda, de las miserias y escándalos del mundo entero. ¡Ah! decía: *es necesario venir aquí para saber el mal que el pecado de Adán nos ha hecho*. Apenas pasaba por el crisol de una prueba, cuando tenía ya otra encima. Jamás sabremos las turbaciones, perplejidades y disgustos que le causó una sola circunstancia relativa á la célebre aparición, que ha hecho mucho ruido bajo el nombre del *Incidente de Ars*. Esta es la ocasión de hablar de ese incidente, sobre el cual tantas sombras y nubes ha aglomerado el espíritu de partido. Lo haremos con tanta más libertad, cuanta es firmísima nuestra intención de no juzgar los hechos, limitándonos á exponerlos con toda la buena fe posible y con la sencillez á que nos obliga nuestro oficio de historiador.